PARA ADELA

Relato de una vida

Eulàlia Franquesa Niubó

Adaptación de Raquel Pineda Sotés

Ilustraciones de Derek Marcé Masagué

la mar de fàcil
editorial

1. ¿ES ADELA?

Ginebrà, 23 de abril de 2013

Era una tarde oscura.
La familia Bosch Ventura se había reunido
en el cementerio del pueblo de Ginebrà.
Enterraban a su madre.
Concretamente, sus cenizas.

Estaban Ernest, Roser y los otros dos hermanos.
Todos ellos atentos a las palabras de elogio y agradecimiento
hacia su madre.
Hacía dos días que los había dejado.
También estaban pendientes de una mujer
que se había quedado en la entrada,
sin acabar de entrar como el resto.
Aquella mujer, de unos 70 años, parecía estar llorando.
¿Sería ella?

—Roser, mira —dijo Ernest—,
no te gires, se notará demasiado,
pero creo que es aquella mujer de la entrada.

Roser, sin nada de vergüenza,
se giró y la miró de arriba abajo.
Ernest suspiró.

—¡Disimula, Roser!

Ella, sin hacer caso de lo que le pedía su hermano,
asintió con la cabeza y preguntó:

—¿Qué hacemos? ¿Se la damos o no?

En su bolso, Roser tenía una libreta de unas 50 páginas.
La había encontrado escondida en el cajón de la mesilla
de la habitación de su madre en el hospital.

Hacía unos meses, su madre le había pedido
una libreta y un bolígrafo.
Ella se los había dado sin darle mucha importancia.
Pensó que su madre querría escribir algunas recetas.
Pero no eran recetas,
sino un largo escrito para su amiga Adela.
Roser no quería deshacerse de él.

—Creo que deberíamos preguntarle si es ella —dijo Ernest.

—Sí, después de la ceremonia.

Cuando la situación se relajó y se rompió el silencio,
los dos hermanos fueron a buscar a la mujer,
que había seguido la ceremonia desde fuera.

Mientras se acercaban a ella,
podían ver cómo las lágrimas caían por sus mejillas.
Cuando los vio llegar, se apresuró a disimular su llanto.
Le preguntaron si se llamaba Adela,
y ella lo confirmó.
Resuelta su identidad,
Roser se quedó sin palabras.
Le costaba disimular lo que sentía.
En aquel momento tenía una mezcla de emociones.

Ernest, en cambio, se presentó con naturalidad.
En la cara de Adela se dibujó una gran sonrisa
que anulaba por completo la tristeza.

—¿Vuestra madre os habló de mí? —preguntó ella.

—Nunca. No sabíamos ni tu nombre —contestó Roser,
con cierta rabia y recriminación.
Solo la había visto un día en el hospital Vall d'Hebron—:
Un día saliste muy rápido de la habitación del hospital,
pero mi madre no me dijo quién eras.

Adela se extrañó.
Entonces, ¿cómo sabían su nombre? ¿Quién se lo había dicho?
¿Qué sabían de la relación que tenía con su madre?

Enseguida supo el motivo.
Roser sacó la libreta y, con cierta reticencia, se la entregó a Adela.
En la portada, escrito a mano, ponía: *Para Adela*.
Ella se emocionó.
Sabía que aquellas palabras eran el único recuerdo
que tendría de Roser, su gran amiga.


Para
Adela

2. EMPIEZA EL ESCRITO PARA ADELA

Vall d'Hebron, sábado 2 de junio de 2012

Ya hacía unos días que Roser estaba en el hospital
dándole vueltas a una idea.
Como no sabía cuánto tiempo tenía,
quería dejar por escrito su vida, su historia,
a la mujer de la que se había enamorado: Adela.
Quería que ella la conociera.

No había contado con aquel cáncer.
Roser pensaba que aún tendría muchos años por delante
para seguir conociendo a Adela y compartir una vida juntas,
si es que ella quería. Pero ahora ya no podría ser.

Todo su entorno hacía comentarios positivos:
que si se curaría, que si era muy fuerte,
que si en pocos meses ya estaría en casa...
Pero ella no lo sentía así.
Notaba cómo las fuerzas la iban abandonando
cada día un poco más,
y no quería perder más tiempo.
Así que, un buen día, le pidió a su hija
que le trajese una libreta y un bolígrafo.

En cuanto se quedó sola,
puso en la tapa de la libreta: *Para Adela*.
Y empezó a escribir: sobre su vida,
sus sentimientos, sus miedos...
Aquel escrito era para ella, su amada Adela,
y no tenía miedo de explicárselo todo.

Querida Adela:

No quería irme sin antes contarte quién soy y de dónde vengo.
Te quiero explicar mi vida en el pueblo.
Hablarte de mis cuatro hijos.

Ya hace unos días que me he rendido.
La enfermedad está ganando. Ella ha sido más fuerte que yo.
El camino que imaginé a tu lado
ha sido muy corto, demasiado corto.

Desde noviembre del año pasado,
no hago más que entrar y salir del hospital.
Cuando me diagnosticaron cáncer, no me lo podía creer.
Yo me sentía muy feliz después de compartir tantos meses contigo.
Me imaginaba un futuro juntas.

También quería compartir contigo mis miedos, mis alegrías...
Pero la vida no nos pide permiso
ni nos avisa del día en el que tenemos que irnos.
Sencillamente, todo se acaba.
Sentada aquí en la cama,
ahora que tendré que pasar una larga temporada en el hospital,
decido escribirte.
No sé si algún día leerás estas palabras
ni si entenderás mis sentimientos
y comprenderás cuánto te he querido.

Solo han sido unos meses...,
pero todo lo que he sentido ha sido intenso y profundo.
Por eso, quiero explicarte quién soy.
También me hubiese gustado saber más de ti, saber quién eres.

Mientras escribo, pienso en ti.
Te imagino leyendo esto con atención.
Intentaré ser lo más coherente posible con los hechos,
las fechas y los sentimientos,
pero se me mezclan todos los recuerdos.

Mi vida ha tenido diversas etapas,
supongo que como la del resto de la gente.
Pero la que te explico es la mía. Mi vida.
Para que en algún rincón de tu corazón
haya espacio para mi recuerdo.

Mi consuelo eres tú.
Cuando ya no esté, si me recuerdas, reviviré en ti.
Y, si no es así, nunca lo sabré.

3. MIS INICIOS

Vall d'Hebron, martes 5 de junio de 2012

Yo era la cuarta de nueve hermanos.
Solo sobrevivimos cinco,
así pasé a ser la segunda.
Mi hermana mayor, Providència, nació en el año 1940.
Sobrevivió a una posguerra muy dura.
Los políticos, que deberían hacernos la vida más fácil,
organizan guerras donde la gente mata a personas que ni conoce.
Después, gane quien gane, vienen las posguerras.

La posguerra española fue gris, triste,
con cartillas de racionamiento[1].
En el pueblo teníamos la suerte de tener cultivos.
Incluso llevábamos el maíz al molino
y hacíamos nuestra propia harina.

Mi madre hizo de todo por ver crecer a Pruvi,
su primera hija.
Incluso le masticaba la comida.
Procuró que no pasase nunca frío,
algo difícil en un pueblo que llega a los diez grados bajo cero.

1. Documento que permite acceder a comida y productos de primera necesidad en momentos en que estos son escasos.

Después, llegaron Bernat y Robert.
Bernat nació muerto
y Robert murió a los tres meses.
Nunca supieron las causas.
Mis padres se consolaban diciendo que era la voluntad de Dios.
Dios los quería a su lado.
Supongo que por eso mi madre los enterraba
con todas las misas y ceremonias.

El segundo hijo, Robert, tenía que ser el heredero.
Se llamaba como mi padre y mi abuelo.
Y mi padre quería un heredero que se llamase Robert.
Mi madre tenía pocas cosas claras, y esta era una de ellas:
nunca pondría el nombre de nadie para sustituirlo.
Después, nací yo, el 25 de septiembre de 1949.

Con el tiempo, la posguerra dejó paso
a una vida un poco mejor.
No mucho, pero sí lo suficiente para que tuviéramos más dinero
y pudiésemos comprar estufas de leña mejores.

En Ripoll, ya se podían comprar más productos.
Yo tenía dos pares de zapatos.
Pruvi solo tuvo un par hasta los 14 años.